

# ENTREVISTA

## FRANCISCO FONSECA MORILLO

EXDIRECTOR DE LA REPRESENTACIÓN DE LA COMISIÓN EUROPEA EN ESPAÑA.

PROFESOR DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO Y RELACIONES INTERNACIONALES Y DIRECTOR DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS EUROPEOS EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.

Francisco J. Fonseca Morillo es profesor de Derecho Internacional Público y Europeo en la Universidad de Valladolid y presidente del Movimiento Europeo en Castilla León, entidad internacional fundada en 1949 y con secciones en todos los países europeos, que tiene como objetivo principal contribuir al establecimiento de una Europa unida y federal basada en el respeto a los derechos humanos, la paz, la democracia, la libertad y la participación ciudadana.

Afirma ser un “exfuncionario europeo orgulloso”. A lo largo de casi 35 años ha podido conocer a fondo las instituciones europeas, principalmente la Comisión Europea a la que ha estado vinculado desde 1986 asumiendo diferentes cargos en la Dirección General de Asuntos Económicos y Financieros y dentro del gabinete del que fuera comisario de Justicia e Interior, Antonio Vitorino.

Anteriormente participó en la negociación de los tratados de Maastricht y Ámsterdam, así como en la convención que elaboró la Carta de Derechos Fundamentales de la UE. Fue director de la Representación de la Oficina de la Comisión Europea en España entre 2009 y 2015, año en el que volvió a Bruselas como director general adjunto de Justicia y Consumidores. En septiembre de 2018 regresó a Madrid, de nuevo como director de la Oficina de la Comisión Europea en España. Ha participado en la elaboración de muchas obras académicas sobre derecho comunitario y sobre la Unión Europea y es autor de numerosas publicaciones.

Aprovechamos su participación en el curso “Jóvenes y Europa: pasado, presente y futuro de la construcción de un continente en paz” celebrado en julio de 2022 en el marco del programa Campus Yuste para realizar esta entrevista.

⇒ **En 1986, con tan solo 31 años, llegó a la Dirección General de Asuntos Económicos y Financieros de la Comisión Europea. ¿Qué recuerdas de esta época? ¿Cómo ha evolucionado Europa y qué hitos destacaría?**

Si tuviera que expresar cómo me sentía yo en aquel lejano 1986, diría que sentí

ilusión y el sentimiento de que los españoles habíamos llevado a cabo una tarea histórica. Yo pertenezco a esa generación que entramos en la universidad con el régimen de Franco y que salimos en la Transición política española. Siempre cuento que mi último examen de la carrera fue Derecho Procesal II y que al acabar el examen fui a votar por primera vez en la historia de España después de 40 años. Por eso para mi generación era muy fácil ir a Bruselas, porque era conseguir dejar en el armario los cadáveres que durante un siglo y medio nos habían agitado a los españoles, y además era dejar atrás todo el infortunio que habíamos tenido. Por eso, llegué a Bruselas con mucha ilusión y convencido de que se podían cambiar las cosas para garantizar más integración política. En el año 1986 la entonces Comunidad Europea era mucho menos democrática que la actual en cuanto a la toma de decisiones; era una opción más elitista, todo se hacía utilizando el método del despotismo ilustrado: “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”, dirigida por una vanguardia que quería llegar al horizonte de una unión política europea.

En estos treinta y cinco años trabajando para la Unión Europea hemos visto que las bases del proyecto sobre las que se cimentaba la reconciliación después de la guerra han cambiado completamente. Con la caída del Muro de Berlín el escenario político a nivel mundial es completamente diferente y esto se ha traducido en una Europa a la que las costuras le han rechinado un poco porque hemos pasado de doce estados del año 1986 a los veintisiete que somos ahora. También se ha acelerado la necesidad de tener una cohesión europea que funcione pero, al mismo tiempo, con una exigencia de tomar las decisiones con más legitimidad democrática.

Creo que estos puntos son los básicos para decir que Europa tiene que funcionar y hacerlo de manera que los ciudadanos lo acepten, pero al tiempo los ciudadanos no van a aceptar no participar en la toma de decisiones. Ese es el gran reto.

A esto hay que añadir que en los buenos viejos tiempos de Europa la base era enriquecernos porque estábamos protegidos por el paraguas de la seguridad de la Guerra Fría al amparo y detrás de Estados Unidos. Pero esto ha desaparecido. Ahora estamos ante retos que nos obligan a decidir como europeos o convertirnos en países periféricos a escala global.

Hoy el futuro de Europa no es si debemos tener más o menos integración. Hoy Europa es esto: necesitamos un sistema político eficaz en el que la fusión de soberanías que hemos consentido permita que seamos la tercera pata del triángulo estratégico

mundial, es decir, Estados Unidos, China y nosotros. La agresión rusa en Ucrania es una manera de desestabilizar Europa. La pandemia que hemos tenido hace dos años nos ha puesto ante el espejo y ha reflejado claramente que el liberalismo puro y duro necesita un regulador público europeo y no veintisiete. Por ejemplo, Europa, al principio de la pandemia, no producía un solo gramo de paracetamol porque pensaba que para qué lo iba a hacer “si ya el mercado proveerá”; otro ejemplo son las mascarillas, que empezaron a llegar con regularidad durante la pandemia cuando empezamos a efectuar compras conjuntas. Y es que la dimensión sí cuenta en el mercado global.

Como conclusión, si la pandemia nos obligó a una unidad frente al exterior para que no se quedaran las mascarillas otros competidores, si hemos sido capaces de poner el dinero, la inteligencia y la investigación necesaria para poner en el mercado vacunas en nueve meses, si somos capaces, a pesar de toda la teología financiera ortodoxa, de endeudarnos en el mercado de capitales financieros internacionales hasta un total de 750 mil millones de euros, y si ahora somos capaces de decir a Rusia: “la Unión Europea está autorizada a comprar armamento de uso letal para ponerlo a disposición de Ucrania”; todo esto significa que nos hemos posicionado como bloque frente a la desestabilización. Conseguir todo esto es un reto inmenso, pero tenemos que hacerlo para conseguir que Europa sea la primera economía descarbonizada competitiva a nivel mundial, si bien, al mismo tiempo, no podemos hacerlo con los métodos que todos conocemos, a través del despotismo ilustrado. Esto es lo que exigimos los ciudadanos, y por eso cursos como este en particular, en el que se trabaja con los jóvenes sobre el futuro de la construcción de la paz de Europa, son fundamentales porque a la gente que más o menos tenemos responsabilidades nos pone frente al espejo para que hablemos de las preocupaciones de los ciudadanos. No podemos tener una respuesta eficaz si no somos capaces de entender las preocupaciones de la juventud, que serán líderes en diez años, de explicarles lo que se está haciendo y de convencerles críticamente de encontrar soluciones conjuntas.

⇒ **Durante su ponencia ha mencionado que actualmente hay tres retos intergeneracionales pendientes: ecología, digitalización e inclusión. ¿Qué medidas se pueden desarrollar para su implementación y cómo podemos acercarnos las distintas generaciones?**

Es una cuestión de responsabilidad de mi generación. El cambio climático es innegable y nos obliga a reducir las emisiones a la atmósfera lo más rápido posible, si

bien ya llegamos tarde. Tras la agresión en Ucrania por parte de Rusia los precios de la energía se han incrementado y como resultado hemos pedido a la ciudadanía europea un esfuerzo para que consuman menos y más limpio. El vicepresidente de la Comisión Europea, Josep Borrell, ha dicho que habrá que acostumbrarse a tener la casa en invierno a 17º, y el primer ministro Mario Draghi que habrá que acostumbrarse a no utilizar el aire acondicionado.

Tenemos que explicar que este sacrificio es la mejor posibilidad para la juventud de encontrar una Europa que, desde el punto de vista del desarrollo industrial, desde el punto de vista estado de bienestar, se mantenga. No podemos pensar en una Europa en la que la desertificación en España avance de manera exponencial. No nos lo podemos permitir. ¿Qué tenemos que pedir a los jóvenes? Que sean los actores del cambio climático, que se comprometan. Durante mi intervención también he explicado que necesitamos que los jóvenes tienen que decirnos que están dispuestos a hacer voluntariado para luchar contra el cambio climático; que no quieren usar el coche sino que prefieren utilizar el transporte público; que son capaces de reducir su zona de confort en cuanto a emisiones, etcétera; y que lo hacen porque están convencidos del reto y, además, proponen soluciones. Si es así podemos plantear todas estas acciones con todos los segmentos de la sociedad para poder llegar a un acuerdo.

El segundo reto que tenemos es el digital. ¿Qué tengo que decir a los niños y a los jóvenes? Si cuando tengas 25 años seguimos con un mundo digital en el que la participación industrial europea en términos de patentes y en términos de innovación es la actual, es decir, un unicornio sobre veinte, toda tu actividad digital y todo tu desarrollo estará supeditado a actores externos que nos cortan a su conveniencia el grifo como está ocurriendo ahora con el gas y con el petróleo. Luego, de nuevo, tenemos que invertir en hacer esto posible desde ahora.

### ⇒ **¿Y en cuanto a la Europa inclusiva?**

Hay que conseguir una Europa inclusiva en la cual todo el mundo entre en este mestizaje que necesitamos. Tenemos que darnos cuenta de que no somos sociedades homogéneas, somos sociedades en las que lo diferente está presente y es válido en la construcción europea. ¿Cómo hacer todo esto? Para empezar, explicando que el regulador europeo, no veintisiete, es capaz de tomar decisiones valientes. Las cifras

son muy reveladoras. Cuando estalló la pandemia, ¿qué es lo primero que hicimos? Autorizamos ayudas de Estado cubiertas con una línea de facilidad del BCE extraordinaria de 1,2 billones de euros. A continuación, desde la Comisión Europea se emitieron bonos para financiar los ERTES a través del programa SURE y se invirtió en investigación para tener las vacunas. Hoy tenemos una máquina de guerra muy importante con 750 mil millones de euros con los cuales estamos emitiendo bonos a nivel europeo con unos tipos de interés muy beneficiosos. Bien es cierto que con la inflación provocada por la crisis global comenzada con la guerra de Ucrania entramos en un ciclo de incertidumbre. Pero tenemos que decir que sí, que vamos a pasarlo mal este invierno, pero, ¿qué queremos, un invierno del descontento contra todo? ¿Un invierno como el del descontento británico del 1978-1979 que destruyó los modelos de Estado de bienestar clásicos en favor del liberalismo de Margaret Thatcher? No estoy criticando, es una constatación histórica.

Hay una expresión maravillosa en inglés de traducción en español: la *accountability*. La autoridad pública tiene que ser *accountable*, es decir, “responsable ante”. Como la responsabilidad que tenemos, por ejemplo, ante un crédito hipotecario. Esta responsabilidad no es ético-moral, sino efectiva, que se pueda medir si has cumplido con tu responsabilidad. Sin esto vamos a crear sociedades más descontentas y sobre todo, a mi juicio y sin pretender ser catastrofista, lo que yo quisiera evitar es una vuelta europea desenfrenada al populismo que nos llevó a los mayores desastres que hemos conocido en el siglo XX.

Yo no quiero una patria en la que “si no estás conmigo, te expulso”, sino que cada uno podamos expresarnos. Y esa patria para mí es la europea en la cual cabemos repúblicas y monarquías, pero todos democráticos, con regímenes federales, con regímenes centralizados, pero en la cual respetamos, como dice el lema de la Unión Europea, “Unidos en la diversidad”. Y si no hacemos esto vamos a ir hacia un populismo muy peligroso. La emergencia de “democracias” iliberales yo no las desdeñaría. No podemos aceptar el mensaje fundamentalmente torticero de decir a la ciudadanía “¿quieres que seamos eficientes económicamente: que defendamos lo nuestro frente a los terceros?” Es una apuesta suicida que lleva a la exclusión del otro y no podemos permitirnoslo. Por eso yo digo que tenemos que ser capaces de tomar medidas keynesianas de reconstrucción a condición de que estas medidas, y me refiero al plan *NextGeneration*, sean controlables democráticamente y que seamos responsables y que los sacrificios de los ciudadanos se traduzcan en una mejora a medio plazo.

El gobierno tiene que decir a los ciudadanos que implementando estas medidas, que no son cómodas para los ciudadanos, corremos el riesgo de sufrir en las elecciones a corto plazo, pero garantizamos una democracia estable a medio y largo plazo. Hay que ser capaz de decir esto.

Mi mensaje es: en una situación de crisis total, con la economía cerrada, con la ciudadanía en las casas, enfrentándonos a un panorama absolutamente nuevo sin saber cómo iba a afectar esto a la cadena de suministros alimenticios, ni a nuestros puestos de trabajo, ni al desarrollo económico, etcétera, ante esta situación hemos preservado el empleo, hemos sido capaces de encontrar las vacunas, es decir, hemos conseguido encontrar el camino, pero no podemos vivir solo de esta situación vivida en el pasado.

Ante el problema actual del gas que viene de Rusia, España podría adoptar una postura de indiferencia porque estamos situados al sur de Europa y por lo tanto no nos afecta, lo que se traduciría en una actitud confortable, pero de miras cortas. Yo creo que la solución, que es la que ha adoptado el gobierno español y esto lo digo sin hacer partidismo, es la de convertir este problema en una oportunidad para que los fondos europeos decidan que estratégicamente España tiene que ser el punto de entrada del gas licuado. Tenemos que tener nuevas fuentes alternativas para poder subvenir a los posibles cortes de gas. Tenemos que garantizar la interconexión eléctrica y que Francia no ponga problemas con el exceso que generamos nosotros. Esa es la respuesta.

Y hay que explicar a la ciudadanía que si esta guerra continúa, tal vez haya restricciones. Posiblemente los ciudadanos vamos a sufrir en nuestra movilidad individual, porque hay que garantizar el transporte público y que los alimentos lleguen. Los ciudadanos tienen que saber que si esta situación continúa habrá una inflación tremenda, que solo habrá gas suficiente para llegar a los 17<sup>º</sup> y que la electricidad tendrá un precio desorbitado. Todo esto hay que explicarlo ya porque si no, ¿qué ocurrirá? Que si España se desengancha porque tiene energía suficiente no va a poder pedir nunca más solidaridad al resto de países. ¿Cuál es el interés de Alemania y de Francia para favorecer un mercado eléctrico único si España ahora se desenganchara? Pongo el ejemplo de lo que ha pasado con Polonia. Este país, junto con Hungría, nos ha dado todos los problemas del mundo en materia de flujos migratorios, y ahora se han quedado con la boca abierta porque han llegado más de cuatro millones de ucranianos acogidos en situación temporal solo en Polonia y se han dado cuenta que Europa no se ha puesto de perfil, sino que ha hecho un esfuerzo colectivo para acoger a estas personas. Hasta el 2 de mayo, en España se han firmado contratos de protección

temporal a casi 150.000 ucranianos, es decir, le hemos dicho a Polonia, a Rumanía y a Hungría que asumimos nuestra parte. Esta es la respuesta, la realidad, la solución. No podemos quedarnos al margen y pensar que acoger va contra nuestra cohesión y nuestra identidad social, eso es una mentira absoluta.

Todos somos personas. A ver si me explico, si se me entiende la expresión. Todos somos bastardos, en el sentido de que si retrocedemos en nuestro árbol genealógico todos tenemos sangre mezclada. ¿Dónde está esa identidad? Creo que esa es la lección que tenemos que dar desde los lugares públicos porque al final hay que entender que los sacrificios afectan a todos, que hay restricciones para todos y que son para garantizar que Europa no se convierta en esa pequeña aldea gala que resista al Imperio Romano hasta que se nos acabe la poción mágica.

Y, finalmente, actuando unidos podremos parar la brutal agresión rusa en Ucrania. Como dijo el secretario general de las Naciones Unidas, el lejano 24 de febrero cuando empezó la invasión, António Guterres, en Twitter: “Señor Putin por humanidad, vuelva a las fronteras”. Y volverá, la Comunidad Internacional se lo exige y tenemos que mantenernos en esta posición unida.